

tró de rondon en mi cuarto Joaquin Alcalde, vibrante aún de la expedición que había hecho á Oakland y su visita á la escuela de sordo-mudos y ciegos.

Iba y volvía del uno al otro extremo de la pieza, hacia el ciego, gesticulaba como los sordo-mudos; en una palabra, su rica imaginación, su sensibilidad y su facultad mímica inimitable, estaban en acción por las poderosas impresiones que acababa de recibir.

—Cuénteme vd. en orden, refiérame por partes lo que ha visto.

—¿Vd. conoce el muelle de Oakland? me preguntó.

—Le he visto de lejos, contesté; me parece muy grande.

—Sébase vd., continuó, que como muelle de madera acaso es el primero del mundo; tiene capacidad para cargar y descargar á la vez ocho buques, mantiene en depósito constantemente veintiuna locomotoras, y además, transitan por él constantemente un sinnúmero de carruajes.

—¿Y esa es la causa de la admiración de vd.?

—No, señor, ese es un incidente; mis impresiones han sido en el colegio de sordo-mudos y ciegos de Oakland.

—Por eso digo á vd. que me haga favor de imponerme en orden.

—Como vd. sabe, la Sra. Ramirez, tan servicial, tan generosa y buena con todos nosotros, se dignó invitarnos para este paseo.

Atravesamos el muelle de Oakland, cruzamos la bahía y tomamos el ferrocarril. Nuestra primera sorpresa al entrar en los wagones, atravesar en toda su extensión la naciente ciudad, llena en sus alrededores de ricas sementeras, viñedos y jardines, fué no pagar por nuestro transporte.

—¡Eso es una ganga!

—Sí, señor; los propietarios de las tierras, para valorizarlas y crear la necesidad del tránsito, dan por ahora gratis el pasaje, y es uno de los grandes estímulos que ha tenido para su pronto desarrollo la población.

Caminamos sobre cuatro millas y me fijé en las ruinas que había dejado el incendio entre unos campos, los más risueños y mejor cultivados de la comarca.

—“Esa era la escuela, me dijo la señora que nos conducía; esos altos muros surcados por la llama; esas ventanas sin objeto como los huecos de una calavera, eran grandes salones, animados talleres y lugares de instrucción y recreo.

“La noche del 17 de Junio de 1875, durante una espantosa tempestad, se declaró el fuego en torrentes de llamas con una voracidad inextinguible.

“Antes que todo, amigos, vecinos y transeúntes acudieron al lugar del siniestro, y sin distinción de personas, abrieron sus puertas y pusieron en salvo á los niños en poco más de diez minutos.

“Humeantes aún esas ruinas, la caridad pública acudía al desastre y se reunían cerca de cien mil pesos para la reparación de la obra.”

Corría el coche por entre sombrías arboledas, con jardines de uno al otro lado del camino; los que fungían de peones eran jóvenes sordo-mudos, sencilla, pero decentemente vestidos, que suspendían sus tareas para saludar á la Sra. Ramirez, con alegría y con amor, como que es de las bienhechoras más asiduas de la escuela.

Detúvose al fin el carruaje y entramos al edificio provisional que está sirviendo de escuela, en donde, como es de

suponerse, no hay la amplitud y propiedad que había en el edificio incendiado. Algunas cátedras están unidas, en otras no se completan los muebles y todas se resienten de lo transitorio de su situación.

M. Warrin Wilkson, que es el director de la escuela, y que nos hizo con exquisita finura los honores de la casa, nos mostró sus departamentos, en que unidas á la limpieza y al buen orden, se percibían las atenciones de un padre solícito y amante.

En el establecimiento, y acomodándose á las necesidades especiales de los alumnos, se dan la educación elemental y la que se comprende en lo que se llama *grammar schools*, no echándose de ménos ningunos de los sagaces procedimientos que se emplean en ese género de educación, en los establecimientos de Lóndres y París.

En uno de los salones de estudio hicimos conocimiento con los alumnos sordo-mudos.

Aseados, despiertos, destrísimos en su lenguaje de signos, y con aquella mirada centellante, indagadora, maliciosa del sordo-mudo, nos examinaban atentos.

Hicimos á algunos niños preguntas sobre la historia de México, y contestaban escribiendo en el pizarron, con tal certidumbre, exactitud y aplomo, que quedamos sobremañera complacidos.

Por sus propias inspiraciones, una de las alumnas, al hablar de la historia contemporánea, concluyó deseando paz y prosperidad á esta tierra mexicana, bendecida por el cielo.

Los ciegos, con aquellas fisonomías de exhumados, con aquellos rostros dejados á guardar en la tierra, miéntras sus

almas vagan en lo desconocido; los ciegos, digo, mostraron adelantos sorprendentes.

Entre todos los que se educan en la escuela, llamó mi atención y captó mis simpatías una jóven sordo-muda como de diez y seis años.

—Vd. no tiene idea de una fisonomía más expansiva, de una alegría más ingénua y de facciones más movibles y elocuentes.

Preguntáronle á qué nación había pertenecido California, y con su manecita primorosa escribió "México," no sin dirigirnos una mirada llena de expresión delicadísima.

Deseando alguno de los concurrentes borrar alguna nube sombría que acaso creyó percibir en nuestros semblantes, invitó á la preciosa criatura á que imitase con la fisonomía á algunos de los animales que conocía: yo no puedo decir á vd. cómo se verificó la transformación aquella; con el cabello fingió las orejas hácia atrás, aguzó su boquita, hizo saltos sus ojos, tendió el cuello, encogió las piernas. . . . yo no sé, era un perro perseguido que huía alebrestado y se volvía. . . . y se embarraba en la pared temblando. . . . despues imitó una liebre, luego un zorro, atisbando y persiguiendo gallinas: aquella fisonomía era todo un espectáculo encantador, cómico, lleno de gracia. . . . por último, le dijeron se despidiera de nosotros remedando á un jorobado, y no puedo decir á vd. cómo desquició su pecho, levantó su espalda, hundió entre los hombros el cuello y dió á su fisonomía el mirar malicioso, la sonrisa irónica y el conjunto sarcástico de los jorobados. Divina muchacha. . . . y tan pura y tan infantil, que aplaudimos todos y ella se pavoneaba, andando en las puntas de los piés y representando un *guajolote*

que hacia la pompa y cimbraba sus alas, arrancando nuevos aplausos.

Preguntamos al fin el nombre de la adorable suplantadora del arca de Noé, y con la máquina de escribir puso en varios papelitos: "Mi nombre es MAGGIE AITKEN."

En el establecimiento de ciegos, poco llamó nuestra atención, porque el de México está á la altura de los adelantos que allí se notan, aunque siempre en inferior escala.

A nuestro regreso encontramos sola en su pequeño *vogue* á la directora, que venia por aquellos caminos, como haciendo alarde de la envidiable seguridad que se disfruta en aquella comarca.

La escuela cuenta con ciento cincuenta discípulos, y es una de las más florecientes, y que dan mejores frutos en los Estados-Unidos.



XXII

Primeros rumores de partida.—Pájaros.—Viajes desde mi cuarto.—El Monte Parnaso.—Romance de un soldado.

COMENZABASE á susurrar nuestra partida: nuestros compañeros la veían y la deseaban; yo no cesaba en mi acopio de apuntaciones, preguntando aquí, inquiriendo allá, y formando al fin tal guirigay de notas, que no las he podido desenmarañar despues.

Una mañana entera pasé en un almacén de pájaros, de tan ricos plumajes, de tan variadas formas y de cantos tan armoniosos, que pasé las horas con positivo embeleso.

Tucanes con sus pechos airosos; guacamayas colosales ostentando por trages el azul de los cielos y la púrpura; águilas audaces, de férrea garra, ojos de llama y encorvados picos, y colibrís hermosos, ostentando matices y reverberaciones de todas las piedras preciosas y de todos los caprichos del iris.